



ESTUDIOS BÍBLICOS

Xabier Pikaza

Verbo de Dios

Cristo y la Biblia



verbo divino

Verbo de Dios



ESTUDIOS BÍBLICOS

Xabier Pikaza

Verbo de Dios
Cristo y la Biblia

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de colección y cubierta: Francesc Sala

Imagen de cubierta: Detalle de la representación pictórica de la escena de Jesús y la zarza ardiente en el monasterio de Santa Catalina del monte Sinaí (Egipto).

© Xabier Pikaza Ibarrondo, 2026

© Editorial Verbo Divino, 2026

Fotocomposición: NovaText, Huarte (Navarra)

Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)

Impreso en España – *Printed in Spain*

Depósito legal: NA 321-2026

ISBN: 978-84-1063-236-3

ISBN Ebook: 978-84-1063-237-0

Cualquier forma de explotación de esta obra, en especial su reproducción, distribución, comunicación pública o transformación, solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Mabel,
por el mismo fuego que arde en tu interior*

Índice

Prólogo	13
I. PENTATEUCO Y PROFETAS. PRINCIPIO	19
1. Dios dijo a Moisés: Yo soy el que soy (Yahvé)	23
Nombre-verbo, acción y presencia de vida	23
Gnosis, islam, cristianismo	28
2. Elías, religión cósmica y profética	37
Teofanía del Carmelo, guerra de dioses	37
Teofanía del Horeb, Dios de la historia	39
Elías terapeuta, precursor de Cristo	41
3. Isaías II (Is 40–55). Dios creador, Siervo de Yahvé	43
El fin de los imperios antiguos	43
Palabra y vida. Cánticos del Siervo	49
Ministro de Dios, no castigado, sino amado	52
II. SAPIENCIALES, CONOCIMIENTO DIVINO Y HUMANO	57
4. Proverbios, Dios Sabiduría	61
Enseñanza y creación por la Sabiduría (Prov 8,4-36)	63
Contrapunto. Guerra por los alimentos (Prov 25,6-8)	65

5. Eclesiástico, ciudad y libro de alianza	67
Sion, ciudad de Dios (Eclo 24,1-9)	67
La vida como alianza (Eclo 24,23-29)	69
6. Sabiduría: justicia e inmortalidad	73
La justicia es inmortalidad, el justo sufriente (Sab 1-4)	74
La justicia en la historia. Antítesis y juicio del Verbo	78
III. DANIEL Y JOB. DRAMA HUMANO	83
7. Daniel, resurrección astral o encarnación del Verbo	87
Estatua idolátrica, bestias e Hijo del hombre (Dn 2,7)	87
Resurrección angélica, violencia de Dios (Dn 12,1-3)	91
Cristo, resurrección por el Verbo, vivir por la Palabra	93
8. Job. Vida humana, diálogo con Dios	97
Verbo de Dios en la historia, Dios se hace carne	98
En manos de hombres, un Dios adverso	100
En manos de un Dios que parece Diablo	102
Justo de mentira, verbo falso	103
Libro de varios finales, un Dios abierto	115
Respuesta más honda: signo y presencia de Dios	117
Job, un Dios de libro. Jesús, Dios encarnado	121
IV. VERBO JESÚS, EL HOMBRE CRISTO	125
9. Hijo de Dios, Palabra hecha carne	129
Biblia esenia, Qumrán	131
Biblia política: de Judas Macabeo a Julio César	133
Flavio Josefo, profeta político	135
Contrapunto romano, el César es Cristo	137
Biblia teológica: Filón y Jesucristo	139
10. Oficio humano, sembrar la Palabra	145
Discípulo de Juan Bautista, el camino profético de Cristo	145
Doce tronos para triunfar, un ideal de poder	149
Morir dando vida, Verbo de cruz (1 Cor 1,18)	153
Morir en Jerusalén, la diferencia de Jesús	158
Vivir es dar vida por otros	159

11. El Verbo se hizo carne, murió por los otros	163
Verbo de Cristo crucificado	165
Morir como rebelde, morir como Verbo de Dios	168
12. Resucitó en la Palabra, vive como Iglesia	171
Introducción cristiana. Una vida dialogada	171
Piedra desechada por los arquitectos (Mc 12,1-12 par)	173
Verbo resucitado, Iglesia como eucaristía	177
Jesús, amor hasta la muerte	178
Amigos de Jesús, recreación del judaísmo	181
Eucaristía mesiánica, nueva humanización	184
Presencia de Jesús, comunión inter-personal	190
V. CRISTO Y LA BIBLIA, VERBO DE DIOS	195
13. Cristo antítesis: habéis oído... pero yo os digo (Mt 5; Rom 13)	201
No matarás, no te enojarás contra el prójimo (Mt 5,21-26)	202
Inciso de Pablo: amar al prójimo como a ti mismo (Rom 13)	208
14. Cristo síntesis: tuve hambre, estuve preso... (Mt 25)	221
Obras mesiánicas: Justicia y Servicio, Acogida y Episcopado...	219
Salvación mesiánica: Venid, benditos de mi Padre	221
Hijo del hombre, Verbo universal	225
15. Biblia de Emaús, Cristo de los que vuelven (Lc 24)	229
Las cosas referentes a Jesús	229
Biblia del pan compartido, eucaristía	234
Un final bueno	235
16. Biblia del areópago, Cristo resucitado	239
En él vivimos, nos movemos y somos (Hch 17,22-28)	239
Más allá del Dios desconocido: Dios resucitado (17,29-34)	243
17. Apocalipsis: Biblia del Cordero, Verbo victorioso	251
El rollo del Cordero degollado (Ap 5)	252

Palabra victoriosa: cielos nuevos, nueva tierra (Ap 19–20)	257
Reino de mil años. El triunfo de las víctimas	259
18. Biblia del Verbo encarnado, evangelio de Juan	261
Presentación	262
Profundización teológica	264
Epílogo	267
Terminología. Cuerpo, carne, Espíritu	268
Resurrección de la carne, resurrección de la persona	271
Bibliografía	275

Prólogo

La primera constitución del Vaticano II (año 1965), titulada *Dei Verbum, Verbo de Dios* (Jn 1,1), trataba de la revelación divina. A aquel horizonte quise acercarme en mi libro *Cristo y la Biblia* (1971). Retomando aquel tema, expongo ahora, 60 años después, la historia y sentido del *Verbo divino* que sigue haciéndose *carne* de hombre en nuestra historia (Jn 1,14).

El término *verbo* en hebreo se dice *dabar*, acción creadora; en griego se dice *logos*, esencia de las cosas; en latín se dice *verbum*, comunicación entre personas, y en castellano se suele traducir como *palabra*, término que viene del griego *parabolé*, que es símbolo, imagen y también teología, uno de los cuatro sentidos de la Biblia (libro de historia, alegoría, moral y anagogía) y de Cristo, aquel hombre a quien los creyentes confiesan encarnado (= carne humana)¹.

La palabra *verbo* procede de una antigua raíz de la que vienen el inglés *Word*, el alemán *Wort* y el vasco *verba*, con el sentido de comunicación, y así puede referirse a la *Biblia* (libro/comunicación hablada de Dios) y a *Cristo* (hombre de Dios). *Verbo* se dice en hebreo *dabar* (fuerza creadora), en griego *logos* (esencia) y en castellano *palabra*, recordándonos que

¹ Sobre ese tema, publiqué hace seis años un texto titulado *La Palabra se hizo carne. Teología de la Biblia* (Estella: Verbo Divino, 2020), que aquí desarrollo como punto de partida de este nuevo ensayo sobre el *Verbo divino* que se hizo y se sigue haciendo *carne*, es decir, palabra y vida humana en *Cristo y la Biblia*.

todo lo que existe en cielo y tierra es comunión de vida y luz divina y humana.

Este libro no es un tratado teológico, ni un discurso filológico de especialidad, como mis comentarios a *Job*, *Salmos*, *Marcos* y *Mateo* (cf. bibliografía final), sino un ensayo elemental sobre el sentido y actualidad de Cristo y de la Biblia como Verbo/Palabra, empezando por Ex 3,14 («soy el que soy») y terminando por Jn 1,14 («el Verbo se hizo carne»). Desde la constitución *Dei Verbum*, la Iglesia ha publicado algunos textos importantes sobre el tema: el papa Benedicto XVI publicó una exhortación apostólica titulada *Verbum Domini, palabra del Señor en la vida y misión de la Iglesia* (2010), retomada y analizada por la Comisión Bíblica, *Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura* (2014), con categorías de patrística griega y escolástica latina. El papa Francisco impulsó una publicación de la Comisión Bíblica, *¿Qué es el hombre? (Sal 8,5). Itinerario de antropología bíblica* (2019), documento que ha influido quizá poco por los cambios que hubo en la Congregación de la Doctrina de la Fe (2023), pues ha quedado sin completar y no se está tomando como texto de magisterio, sino como material de estudio bíblico a partir de los primeros capítulos del Génesis.

Estrictamente hablando, el cristianismo no es *una religión de libro* (como el judaísmo y el islam), sino *de encarnación* (es decir, de humanidad), pues el texto fundacional de la Iglesia no es un libro, sino un hombre, Cristo, aunque también puede afirmarse que Cristo y la Biblia son en realidad un mismo Verbo.

El tema general de este libro, *Verbo de Dios. Cristo y la Biblia*, fue «definido» por León I (440-461) en el Concilio de Calcedonia (451), aunque las dos iglesias más importantes de aquel concilio (Alejandría/Egipto y Antioquía/Siria) no aceptaron por diversas causas su formulación central (dos naturalezas y una persona). Solo las iglesias imperiales (Constantinopla y Roma) aceptaron el dogma de Calcedonia, tema que está en el trasfondo de todo lo que sigue, pero no en forma «dogmática», sino de lectura bíblica y de comprensión eclesial, con el intento de mostrar que el Verbo de Dios es, ante todo, el hombre Cristo como persona-palabra en comunión, expresada en la Biblia, como principio de comunicación universal.

En esa línea debo comenzar indicando que la revelación (encarnación) de Dios en Cristo se encuentra vinculada a su manifestación bíblica y, sobre todo, a la vida y Pascua de Cristo, Verbo encarnado. En ese sentido, siendo religión de encarnación, el cristianismo no puede renunciar a la Biblia, entendida como Verbo/Palabra de Dios, vinculada al judaísmo y abierta a la comunión del islam.

Este libro presenta *la vida, muerte y resurrección de Cristo* como Verbo de Dios, conforme al testimonio de la Biblia, tema que he vuelto a formular, tomando como base lo ya dicho en *La Palabra se hizo carne* (2020) y en *Cristo y la Biblia* (1971), donde exponía los sentidos clásicos de la Escritura cristiana, centrados en Cristo y en la historia de los hombres.

También asume este libro de un modo especial las aportaciones de *Ciudad Biblia* (2019), donde he presentado, de forma esquemática, el argumento, libros y contenido de la Biblia, desde una perspectiva histórica, literaria y bibliográfica, revelación del Dios que ha compartido por Cristo su vida e historia con los hombres. Partiendo de esas publicaciones anteriores, aquí puedo dar por supuestos muchos aspectos del Verbo de Dios, centrándome en la relación entre Cristo y la Biblia:

– *En este libro no me ocupo de Dios Verbo en sentido dogmático*, en la línea de los concilios de Nicea y Calcedonia (siglos IV-V), presentando a Dios Logos como sustantivo, afirmando que Cristo es de la misma sustancia/*ousía* o naturaleza del Padre (una naturaleza, dos personas), pues ese lenguaje, siendo verdadero y necesario en un plano, resulta menos bíblico. Más que el «ser» me importa la función del Verbo, que es Cristo y es Biblia, como seguirá viendo el lector.

– *Cristo y la Biblia forman parte de Dios como Dabar y Logos, principio creador y contenido sapiencial de la Biblia*, no solo en los libros del Antiguo Testamento, sino también en los del Nuevo Testamento. En esa línea, la Biblia de Cristo no es una «verdad cerrada, sino camino de comunicación (comunión) entre Dios y los hombres». No es el hombre el que crea la «palabra», sino que es la Palabra, encarnada en Jesús y expresada por la Biblia, la que crea al hombre (Jn 1,1-18).

Debo evocar el sentido bíblico de la palabra *carne*, que Jn 1,14 ha vinculado a *verbo*, diciendo que el Verbo de Dios se hizo (se hace) «carne» en el sentido de humanidad, que en un sentido es frágil, pero que en otro es inmensamente fuerte, porque está hecha de comunicación de vida, de afecto (amor) y de esperanza de transformación, como afirma el credo romano (= apostólico) más antiguo de la Iglesia cristiana, que culmina diciendo «creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable».

La palabra *carne* es una de las dos posibles traducciones del término hebreo *basar*, que puede traducirse también como *cuerpo*. Estas dos palabras (cuerpo y carne, que responden al hebreo *basar*) se han distinguido y se distinguen, tanto en griego y latín, como en castellano y en otras lenguas modernas:

– *Basar* puede tomarse en el sentido de cuerpo (en griego *sôma*, en latín *corpus*), en el sentido extenso de corporalidad, que se aplica no solo a los individuos humanos, sino también a los grupos sociales, una palabra que se utiliza de un modo especial para referirse a la Iglesia (como cuerpo social, místico de Cristo) y también a la eucaristía, en sentido social personal, que el celebrante define diciendo: en nombre de Jesús «esto es mi cuerpo».

– Pero esa misma palabra *basar*, puede traducirse y se traduce con el sentido de *carne* (griego *sarx*, latín *caro*), indicando que el hombre no es solo corporalidad personal o social, sino también como *carnalidad*, en el sentido de fragilidad vital, de atracción afectiva, de emoción, pasión y comunicación amorosa entre personas, como ha puesto de relieve el evangelio de Juan, que no define la eucaristía como *cuerpo/sôma de Cristo* y de la Iglesia, sino como *carne/sarx de los creyentes*.

Con esta distinción entre *sôma/cuerpo social* (comunidad) y *sarx/carne* (humanidad frágil y fuerte) he comenzado este libro, dedicado al Verbo de Dios, que se encarna (= se hace carne) en Cristo. Con esta distinción quiero terminarlo, evocando, casi de pasada, la distinción que hay en la Biblia entre estas dos palabras, en un contexto de eucaristía, de presencia de Cristo en la vida de los hombres.

La tradición de Pablo (1 Cor 11) y de los evangelios sinópticos (Mc 14,22-25) afirma que, al ofrecer su vida a los hombres, Jesús dijo «esto es mi *sôma/cuerpo*». Por el contrario, tanto en el prólogo (Jn 1,14) como en el sermón eucarístico de Cafarnaún (Jn 6), el evangelio de Juan habla de la «carne» (*sarx*) de Dios en Cristo. Será bueno recordar esta distinción a lo largo de este libro, aunque yo no quiero desarrollarla aquí de un modo académico (eso lo dejo para un posible estudio posterior).

El tema de fondo de este libro había sido planteado por *Ignacio de Antioquía*, en cuyo nombre se escribieron y transmitieron un grupo de cartas que han sido fundamentales para entender y organizar la vida de unas iglesias situadas entre judaizantes y gnósticos. No todos los investigadores aceptan la autenticidad de cada una de las cartas publicadas en su nombre, pero es claro que en conjunto ellas provienen del II-III d.C. y que plantean ya el tema que voy a estudiar en este libro:

He oído a algunos que decían:

«Si no lo encuentro en los “archivos” no creo que esté en el evangelio».

Les dije «está escrito». Me respondieron «muéstralo». (Yo les respondí):

«Para mí los archivos son Jesucristo, los archivos sagrados son su cruz, su muerte, su resurrección y la fe que viene de él, en los cuales quiero ser justificado por vuestra oración»².

Esta discusión nos sitúa en un contexto muy parecido al de las antítesis de Mt 5,21-48 (que estudio en la quinta parte de este libro): había cristianos o semicristianos del entorno gnóstico y judaizante de Ignacio de Antioquía o de sus sucesores que tenían «archivos» y/o documentos (libros judíos de Antiguo Testamento o textos gnósticos) que van en contra de lo que dice y propaga Ignacio, y que por eso lo acusan.

Ignacio les responde: «¡Está escrito!» (*gegraptai*), pero no apela a ninguna Escritura en concreto, ni judía ni gnóstica, ni cristiana. Desde la perspectiva que veremos en Mt 5, el verbo *gegraptai* puede entenderse en la línea de las respuestas de Jesús: «pero yo os digo» («habéis oído que se dijo, pero yo respondo», Mt 5,22.28; etc.). Es como si Ignacio dijera: «Esto que aquí digo no está en vuestros archivos, pero yo lo escribo y es así...». Ignacio apela a Cristo, no a los «archivos cultos» de sus adversarios. Ellos tienen libros. Ignacio «tiene» a Cristo.

Por eso, cuando parece que sus opositores quieren argumentar con libros y textos de tradición judía o gnóstica, Ignacio apela al conocimiento directo de la persona de Jesús, diciendo: Mis archivos (*archeia*) son Jesucristo: su venida, pasión y resurrección (cf. *Filadelfios* 8,2; cf. 6,1; 7; 8,2). El archivo, es decir, la Biblia de Ignacio es el mismo Jesucristo, con quien él se identifica por experiencia personal.

Según la experiencia y teología de Ignacio, la verdadera antítesis del Verbo bíblico de Dios es Cristo en persona, no como negación, sino como transformación y plenitud de todo lo anterior. A Ignacio le interesa Jesús en concreto, su existencia que se condensa, en su nacimiento, muerte y resurrección. Toda su Biblia se centra, según eso, en Jesús. Ignacio así lo supone, así lo confiesa, pero no lo fundamenta acudiendo a la Biblia, como yo quiero hacer en este libro, desde el Génesis al Apocalipsis, para decir al final, como quiso decir Ignacio: ¡Esta es mi Biblia, este es mi Cristo! En un sentido son dos realidades, pero en otro sentido más profundo son la misma realidad: el Verbo de Dios.

² *Filadelfios* 8. Traducción de J. J. Ayán, *Ignacio de Antioquía. Cartas* (Madrid: Ciudad Nueva, 1991). Cf. D. Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos* (Madrid 1950); J. Rius-Camps, *The Four Authentic Letters of Ignatius, the Martyr* (Roma 1979); W. R. Schoedel, *Ignatius of Antioch* (Filadelfia: Fortress, 1985). Para una visión general, cf. Pikaza, *Curso de Teología Patristica. Historia y Doctrina de los Padres de la Iglesia* (Viladecavalls: Clie, 2022).

Las cartas de Ignacio, el primero de los grandes Padres de la Iglesia, auténticas o las escritas en su nombre para fundar el cristianismo, desarrollan otros temas importantes, pero este me parece el más significativo: la verdadera Biblia del cristiano es Cristo. Más que unos textos literarios (de archivo), a Ignacio le interesa la vida concreta de Cristo, tal como ha sido recogida y confesada por la Biblia, y por eso dice: ¡Mis archivos, mis libros, son Cristo!

Conforme a esa experiencia, *Biblia y Cristo* forman los dos rasgos o momentos del Verbo de Dios. Desde ese trasfondo, desde la unidad profunda de la Biblia que lleva a Cristo y de Cristo que vuelve a llevarnos a la Biblia, debemos entender y compartir el Verbo cristiano, en solidaridad con los hermanos de fe y con todos los hombres.

Algunos pasajes de este libro vienen de antiguo (como he precisado en las notas pertinentes), pero el libro en su conjunto ha tomado su forma actual en estos años finales de pausa, tras el brote de pandemia (2022-2024).

Este no es un libro de escuela, sino de comunicación de fe y experiencia bíblica. Por eso he reducido al máximo las notas a pie de página, las discusiones escolares y las referencias bibliográficas, aunque he citado al final una bibliografía básica. He introducido a veces algunas palabras en griego (e incluso en hebreo), pero está claro su sentido en el contexto. No es la palabra hebrea o griega lo que importa, sino la relación entre Cristo y la Biblia como Verbo de Dios y orientación «divina» de la vida humana.

Y con esto puede terminar ya el prólogo. Debo añadir que dedico en especial este trabajo a dos hermanos de amor y de sangre, que han fallecido cuando yo lo andaba escribiendo: Mikel y Peru (14.12.2021 y 17.9.2024). Saben ellos lo muchos que los he querido y quiero. Con ellos sigue dedicado a mis *aitás*, Francisco y Carmen, con Mabel, mi mujer, agradeciendo el buen trabajo y amistad de los editores de Editorial Verbo Divino, donde he venido publicando mis libros de Biblia.

Al final del libro incorporo un epílogo con una explicación algo más extensa de la terminología fundamental que he utilizado, desde una perspectiva teológica, antropológica y literaria. Incluyo también una bibliografía básica, no exhaustiva, sobre algunos libros y estudios sobre la materia, y que sirve para completar las obras citadas en notas a pie de página. Añado en ella algunos trabajos relacionados que he publicado sobre el tema.

San Morales, 18 de noviembre de 2025

PARTE I
PENTATEUCO Y PROFETAS.
PRINCIPIO

Dabar es *palabra* y *cosa*, ley y lenguaje, comunicación creadora. Así comienza el Deuteronomio (libro final del Pentateuco, Antiguo Testamento: *'ele ha debarim*), estas son las palabras de vida que Dios reveló a los hebreos caminando de Egipto hacia la tierra prometida, mostrando que, de todo lo que existe en el mundo, lo más grande, lo primero, es la palabra creadora o *dabar* en la vida de los hombres. En ella somos, nos comunicamos, en camino abierto de resurrección en Cristo.

La palabra es el tesoro, herencia o heredad que Dios concedió a los hombres al crearlos, como dice el principio de la Biblia (Gn 1), la palabra es la herencia que Dios nos concedió, su misma vida. Pero en este trabajo no he querido empezar por el Génesis, Biblia de todos los pueblos, sino por el Éxodo, Biblia de la salida de los hebreos de Egipto, lugar de esclavitud donde habían estado cautivados, hasta que Dios quiso liberarlos, saliendo por el mar Rojo y pasando por el desierto del Sinaí, hasta llegar a la tierra prometida de Israel, que para los cristianos, herederos de Israel, es Cristo.

Esta primera sección consta de tres capítulos. El primero, centrado en la Ley o Pentateuco de Moisés. Otros dos centrados en dos profetas fundamentales: Elías y el segundo Isaías.

1

Dios dijo a Moisés: Yo soy el que soy (Yahvé)

La historia de Moisés comienza con su nacimiento junto al Nilo, en Egipto. Pero su identidad se reveló en el Sinaí, adonde huyó, siendo acogido como pastor y esposo por una de las hijas del sacerdote Jetró:

Moisés era pastor de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Una vez, llevando las ovejas... hasta Horeb (Sinaí), el Ángel de Yahvé se le apareció como llama de fuego, en una zarza. Vio la zarza ardiendo, que no se consumía. Dijo: «Voy para ver este prodigio: ¿por qué no se consume la zarza?». Cuando Yahvé vio que Moisés se acercaba dijo: «Yo soy el Dios de tus padres, Dios de Abrahán, Isaac y Jacob». Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios (Ex 3,1-6)¹.

Nombre-verbo, acción y presencia de vida

A diferencia de los egipcios, que parecían haber encerrado a Dios en sus pirámides, Moisés empezó a verlo en la zarza de la estepa (Horeb-Sinaí), como Señor de la naturaleza, Dios *fuego*, poder transformador: llama de vida que jamás se acaba, luz, calor, misterio, culminando todos esos sentidos en la liberación de los hebreos de Egipto.

¹ He desarrollado este motivo en *Dios es verbo, no sustantivo* (Madrid: San Pablo, 2024).

Los egipcios habían utilizado la naturaleza como principio de opresión. Pero Dios se mostró a Moisés como Yahvé en la zarza que sin cesar calienta, alumbray libera, constituye en su verdad al ser humano, enviándolo a liberar a su pueblo de Egipto:

Y ahora marcha, yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto. Moisés replicó: «¿Quién soy yo para sacarlos de Egipto?». Respondió Dios: «Yo soy/estoy contigo; esa será tu señal. Moisés replicó: «Si me preguntan: “¿Cuál es su nombre?”, ¿qué les respondo?». Dios dijo a Moisés: «“Yo soy el que soy”; esto dirás a los hijos de Israel: “Yo soy” (Yahvé) me envía a vosotros, el Señor, Dios de vuestros padres, Abrahán, Isaac, Jacob. Este es mi nombre para siempre» (Ex 3,10-17).

Yahvé Dios de los padres de Israel (Abrahán, Isaac y Jacob), aparece ahora, ante todo, como *protector de los hebreos* esclavizados en Egipto. Contra quienes piensan que Dios es solo opresión de un pasado que nos sigue atando a lo que ha sido, frente a los que añaden que nos aleja de la vida y es incapaz de cambiar la realidad, este Yahvé de Moisés habla y actúa como principio de libertad, empezando por los juncos de la ribera del Nilo y las zarzas del monte Sinaí.

En un primer momento, Dios viene y actúa, de un modo general como *lo divino*, en forma singular (*El*) o plural (*Elohim*), ante la roca del desierto, revelándose en lo más amenazado, lo más pobre, inútil, unos juncos, una zarza... pero ardiendo sin cesar, sin apagarse y perder nunca su fuego, a modo de promesa de futura libertad.

La tradición israelita ha dado a este Dios otros nombres como: *El-Saddai* (Señor del Alto), *El-Elyon* (Dios del Monte, Excelso), etc., pero ahora no viene a presentarse como *Elohim* (divinidad), ni como *Baal*, Señor cósmico, ritmo de la vida, sino como *Yahvé* (Soy-quien-soy, soy el que actúo). Moisés ha comprendido que ese Nombre-Sin-Sustantivo (simplemente *Soy*) es principio de todos los nombres, Verbo de todos los verbos, y así dice a los israelita *Yo soy* me ha enviado a vosotros, Yahvé, Dios de vuestros padres (Ex 3,11-15).

Esta denominación, *Yahvé*, con la que Moisés presenta a Dios, no es sustantivo, sino verbo de acción creadora, como los nombres hebreos de persona que son verbos teóforos, como *Dios fortalece* (Ezequías), *Dios escucha* (Ismael), *Dios salva* (Jesús), *Dios juzga* (Daniel), *Dios recuerda* (Zacarías), *Dios fortalece* (Gabriel), *Dios cura* (Rafael), etc.

Moisés siente dificultad ante el Dios que le pide que abandone su familia de Madián, junto al Sinaí, que se enfrente al nuevo faraón, opre-

sor de los hebreos, sucesor de aquel otro faraón que antaño pretendió matarlo (cf. Ex 2,15-23). Dios lo envía a liberar a los mismos que antes lo habían rechazado (Ex 2,13-14; cf. Hch 7,24-34). Es normal que se sienta incapaz (cf. Jue 6,15; Lc 1,34; etc.) y que diga: ¿Quién soy yo...?

Así pregunta el ser humano, que se sabe incapaz ante la tarea que Dios le ha encomendado. Pero Dios le responde: *Yo estaré/seré* contigo como presencia activa en tu tarea, de manera que yo mismo seré tu vida, movimiento y existencia. El hombre (Moisés) se define como teofanía personal del Dios que vive, actúa y se revela en Israel (= pueblo en lucha con Dios) como *Yahvé* (= Soy/Estoy/Actúo), verbo universal, acción de todas las acciones.

Dios se define así como *Yahvé* (= Soy, estoy contigo), añadiendo: *¡Y cuando saques al pueblo de Egipto responderéis (= adoraréis) a Elohim en este monte!* (3,12): Volveréis aquí para ser lo que yo soy, vida en acción, palabra creadora. Moisés ha descubierto a Dios, ha visto su fuego en la zarza. Luego han de verlo, haciendo el mismo itinerario ante Dios y con Dios, todos los oprimidos hebreos, el pueblo de Israel (cf. Ex 19-24), para así ponerse ante el ser-acción de Dios que actúa como zarza ardiente.

Elohim, Dios de la zarza que arde sin consumarse, le ha dicho: *Yo estaré/seré en ti* contigo, anticipando y ratificando así su nombre (*Yahvé* significa *¡yo estaré!*). Moisés no ha comprendido al principio. Necesita más señales, una concreción de la Presencia (= Dios), un Nombre que pueda ofrecer a los hijos de Israel y decirles *¡Este es Aquel que me envía!* (3,13). Por eso pregunta a Dios: *¿Cómo te llamas?* Y Elohim (= Poder divino) le responde: Soy el que hago ser, vida-movimiento de todo lo que existe, no una cosa más entre otras, una Sustancia separada (Ex 3,14-15; cf. Hch 17,28), sino el ser/acción/presencia de todo lo que existe:

– *Yahvé no es sustantivo, sino verbo, nombre-de-acción*: «Soy el que soy diciendo (*haciendo que seáis*), no un sustantivo de autoconocimiento, en la línea del «conócete a ti mismo» de Sócrates o de la *gnosis-gnoseos* (conocimiento del propio conocimiento), sino verbo en acción, fuente de toda actividad, vida, luz y comunicación de toda comunicación (cf. Ex 3,12). No es sustancia con accidentes (los hombres no son accidentes de la esencia divina), sino Verbo vital de todo lo que vive, de manera que los hombres y mujeres son momentos personales de la acción/despliegue del verbo divino.

– *Yahvé es Nombre-Verbo en acción compartida* (no sustancia cerrada en sí), momento personal del Dios/Palabra, realidad de todo acontecimiento, vida, movimiento y ser de todo lo que vive, no en forma de muerte, sino de resurrección

sobre la muerte. Así dice Moisés a los israelitas: «Yahvé, Elohim de vuestros padres..., me ha enviado a vosotros» (3,15), aquel en quien todos vivimos, nos movemos y existimos, porque él vive, se mueve y existe en nosotros, liberando a los hebreos, resucitando a los muertos. Este es su nombre, es decir, su presencia hecha «éxodo», salida de Egipto, de toda opresión, futuro en libertad de todo lo que ha sido atado y enterrado por la muerte.

Solo escucha a Dios y conoce su Nombre (Yahvé) quien se sabe enviado y, al ponerse en movimiento, se descubre implicado en la Palabra de Dios, que es vida, movimiento y existencia de todo lo que existe, superando así la muerte. El Dios Yahvé es Aquel que, en el momento más duro de la opresión, sacando a su pueblo de la esclavitud, ha dicho *'ehyeh* (= estaré en/con vosotros), seré vuestra libertad y futuro, de manera que seáis, en mí, viviréis en libertad, por gracia aquello que yo soy, y no solo porque así lo he dicho, ante la gran roca, sino porque así lo realizo, sacándoos de Egipto y guiándoos por el largo desierto a la tierra prometida.

Lo más fácil era antaño (IX a.C.) y en la actualidad someterse a los ídolos, en especial a los de tipo político/económico, limitándonos a ser lo que somos muriendo. Como inclinados a la sumisión, desde tiempo antiguo, los hombres han tendido a vender su libertad (primogenitura) por un plato de lentejas (Gn 25), bajo la dictadura de un poder que nos libera de la tarea de ser/hacernos libres. Pues bien, en contra de eso, Dios se revela a Moisés como impulsor de libertad, como liberación de los oprimidos.

Preferimos vivir sometidos a un Dios/Poder externo, alguien que resuelva nuestros temas desde fuera, dándonos falsas migajas y diciéndonos que son alimento y sostén (como el pan del Diablo de las tentaciones (Mt 4 y Lc 4)). Pues bien, en contra de eso, los israelitas han sabido que Dios es Aquel que no puede ser nombrado y dominado, porque no es sustantivo (sustancia), sino ex-sistencia que nos impulsa sin sustituirnos, pues en él no solo «vivimos, nos movemos y somos» (siendo en opresión), sino que resucitamos de la muerte, para ser en libertad (Hch 17,28-31).

Moisés le ha preguntado *¿quién soy yo?*, confesándose pequeño y dependiente. Pero Dios le ha respondido: *¡Yo estaré ('ehyeh) contigo*, seré presencia de Vida en tu vida, pues mi verdadero ser sois vosotros, por gracia y voluntad divina, aquellos mismos a quienes yo libero de Egipto (de la muerte).

1. *Ser-acción, Verbo de vida: Así dice Dios: «Soy el que soy»*. Moisés buscaba su seguridad, la suya (de Israel) como nuevo y más alto faraón, con dominio, poder, dinero, no como zarza del desierto. Pero Dios le respon-

dió como zarza que arde sin consumirse, dando fuego y vida a todos, pues su «ser» es acción y presencia universal de vida, resucitando de la muerte.

2. *Ser-envío, Verbo en compañía.* Moisés dice a los israelitas «*Yo soy-estoy*» (*presencia activa*) *me ha enviado a vosotros* ('ehyeh šelahani, 3,14), para que seáis. Fundado (enraizado en la tierra que es Dios), Moisés (= Israel) se sabe «enviado» a los hombres para ser en ellos y con ellos. Dios no le dice «ten lo que eres», quedando inmóvil, quieto, donde estás, sino «has de ser» poniéndote en camino hacia tu vida plena, en comunión conmigo y con los hombres. La misma presencia de Dios se hace envío, pues solo somos en él haciendo que otros sean.

3. *Ser es religación, comunicación y comunión de vida:* «*Este es mi nombre compartido con vosotros, que sois mi presencia y acción*». Dios es nuestro ser como re-cuerdo, en el sentido de re-ligación, no una relación externa, sino su mismo ser como esencia de nuestro ser, co-existencia, resurrección (re-surgir en él, unos en otros).

Solo escucha de verdad a Dios y conoce su Nombre (*Yahvé*) quien se sabe enviado y, al ponerse en movimiento, lo descubre como Presente en su camino y lo espera en plenitud como Resurrección (victoria sobre el mal, sobre la muerte). Este Nombre es por un lado misterioso, de manera que los filólogos no han logrado precisar su sentido original y los creyentes judíos no lo pronuncian por respeto...

Pero, al mismo tiempo, es el más sencillo, cordial, inmediato de todos los nombres posibles, el Verbo/*Dabar* de todos los verbos, la Vida/Logos de todas las vidas, la verdad que afirma todas las verdades, como dirá Jesús, Verbo de Dios: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6), añadiendo: Soy la Resurrección y la Vida (Jn 11,25-27).

Dios es Yahvé porque en el momento clave de su revelación, liberando a su pueblo de la esclavitud de Egipto, ha dicho 'ehyeh (= estaré contigo, con vosotros), yo seré vuestro futuro, de manera que seáis vosotros, en libertad porque yo os libero para liberaros, con presencia personal y acción liberadora.

1. *Dios es mi realidad profunda, como presencia y comunión con otros, de forma que al amarme (aceptarme) tengo que aceptar/amar a los demás como a mí mismo* (Lv 19,18), aquel que, al presentarse a sí mismo, nos dice «Yo soy el que soy el que soy/seré en vosotros». En ese sentido, él se define como Persona de todas las personas, «Yo» en vosotros, en todos los que dicen yo y tú, nosotros y vosotros, en comunicación y comunión de vida.

2. *Dios, misión siempre activada.* Diciendo *yo-soy*, Dios dice, al mismo tiempo, *yo-estoy con vosotros*, y así tiene que decirlo Moisés, y por eso le pregunta a Dios: ¿Qué haré si no me creen y si no me escuchan y si dicen: No se te ha aparecido Yahvé? (4,1). ¡Deja que yo sea en ti! Esta misión de Moisés no es algo posterior, sino que forma parte de su misma identidad, pues de su fe depende de manera muy profunda la fe de todos los israelitas.

Gnosis, islam, cristianismo

Un Dios, un pueblo, un profeta: estos son los elementos principales de esta revelación del Verbo divino. Lógicamente, de ahora en adelante, *Moisés* vendrá a presentarse ante los judíos como *profeta* por excelencia, hombre/carne en el que Dios se ha revelado como acción y presencia liberadora. Desde ese trasfondo se entiende la fe de los judíos, musulmanes y cristianos.

Como orientación y encuadre para lo que sigue he querido exponer en este contexto una visión general del Dios/Yahvé, Verbo/acción y presencia, desde la perspectiva del judaísmo posbíblico y del islam, para exponer después la visión bíblica del cristianismo como experiencia de la misericordia de Dios, desarrollada en Ex 34, para culminar, según el evangelio, en la muerte y resurrección de Jesucristo.

1. *Los judíos* han destacado este Nombre/Verbo, condensando en Yahvé su experiencia, su acción y camino. Por un lado, han seguido vinculando a Yahvé con el pueblo de Israel, como dice el Shema: *Escucha, Israel, Yahvé, tu Dios es un Dios único...* (Dt 6,4-9), un texto que se encuentra en la raíz y corazón de la fe cristiana, en la base de doble mandamiento, uniendo «amar a Dios» con «amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mc 12,28-34). Los judíos rabínicos han sacralizado ese nombre «Yahvé», de tal forma que procuran no escribirlo ni pronunciarlo, porque es ser acción universal y no puede concretarse en ningún sustantivo.

De esa manera, al separar el Nombre de Dios y dejarlo fuera del uso normal del lenguaje, los judíos posteriores han tenido que buscarle «sustitutos». Por eso han dicho y siguen diciendo, en lugar de Yahvé, otras palabras más o menos equivalentes (nunca iguales) como *Adonai, Kyrios, Dominus o Señor (the Lord)*, que expresan de algún modo su grandeza, pero sin definirla en verdad y agotarla. Esos sustantivos sustitutivos de Yahvé (*Adonai, Kyrios, Dominus...*) no actúan en realidad como «sustantivos» (no definen lo que es Dios), sino como adjetivos que evocan de

algún modo su trascendencia (Zeus/Zeos, Allah, El-elohim, God, Gott, Gran Espíritu, Brahman, Tien...), pero sin poder definirla.

Esas palabras no son nombres, sino adjetivos aproximados, que si los convertimos en sustantivos nos encierran en idolatría. Los judíos saben que no podemos convertir a *Yahvé en nuevo sustantivo de Dios* (un Dios más entre otros, un nuevo nombre), olvidando que es el verbo sin sustantivo. Por eso, esa palabra Yahvé ha dejado de pronunciarse o nombrarse e incluso de escribirse, poniéndose en su lugar expresiones como X**X. Pues bien, como seguiré indicando, en el lugar de Yahvé han descubierto los cristianos a Jesús, hombre que ama a los demás, muere por ellos y en ellos resucita (Flp 2,6-11).

2. *Los musulmanes*, en general, han pasado de largo ante la hondura del Verbo «Yo soy», de tipo *creador y dialogal, de implantación, envío y presencia/religación*, como ha puesto de relieve X. Zubiri, destacando la absoluta auto-realidad de Dios, que se ha expresado para siempre a través de Mahoma, de manera sencilla y segura, para todos los humanos, sin distinción de razas o culturas².

La piedad no estriba en que volváis vuestro rostro hacia el Oriente o hacia el Occidente (= rezar mirando a Jerusalén o la Meca), sino en creer en Dios y en el último día, en los ángeles, en la Escritura y en los profetas, en dar de la hacienda, por mucho amor que se le tenga, a los parientes, huérfanos, necesitados, viajeros, mendigos y esclavos, en hacer la azalá (oración) y el azaque (=la limosna)... (Corán 2,177).

El Dios musulmán es silencio sin nombre, pura acción dominante, que se expresa en la sumisión del hombre (= islam) y el cumplimiento del Corán, que es la palabra de ley universal como Sharía. *No hay en el islam ninguna teología intradivina*, ninguna afirmación sobre la vida o movimiento de Dios en cuanto tal. Nada sabemos de Dios porque es todo lo que es, sin ser nada en concreto. Para el islam la esencia de Dios sigue siendo misteriosa, silencio y noche incognoscible, de manera que no puede decirse nada de ella; pero, por paradoja suprema, esa palabra sin palabra (que es silencio/noche) se expresa en el Corán³.

² He desarrollado el tema en *El fenómeno religioso* (Madrid: Trotta, 1999), con el esquema filosófico-teológico de X. Zubiri en *Naturaleza, historia, Dios* (Madrid: Editora Nacional, 1944).

³ *Judíos y musulmanes* se sienten vinculados entre sí, tanto por la visión del Dios trascendente (sin Trinidad o comunicación intradivina), como por su revelación (por la ley de Moisés, por la profecía de Mahoma). Esta vinculación es tan honda que algunos

En ese sentido, el islam es la religión del Dios que es No-Ser, siendo, sin embargo, todo, y diciendo su misterio/destino en el Corán (Verbo), siempre igual, siempre repetido como Libro eterno de la Vida. A diferencia del islam, el cristianismo identifica el Verbo de Dios (revelado en el camino de la Biblia) con el Cristo, que no recita un Corán/Libro, sino que el Verbo personal de Dios, como he dicho en el prólogo de este trabajo, citando una expresión y experiencia de Ignacio de Antioquía.

3. *Los cristianos interpretan el «yo soy» de Dios en forma de Trinidad y encarnación.* a) *Dios es comunión interpersonal de vida en sí mismo, comunicación del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo en toda la eternidad.* b) *Dios es comunión de encarnación con la historia humana, haciéndose presente en ella, en todos los que le aceptan y viven en su vida.* Esta es la novedad del cristianismo, frente al judaísmo y el islam, que han terminado rechazando la trinidad y la encarnación cristiana, afirmando que ella significa una recaída en un tipo de politeísmo pagano. Ellos piensan que Dios se ha revelado en la historia de los hombres, pero sin encarnarse en ellos, sin expresar en la humanidad su misterio más profundo, como alguien que en el fondo sigue fuera, sin comprometerse del todo con los hombres.

En ese sentido, *judíos y musulmanes parecen más humildes:* piensan que Dios está arriba y que nunca podemos conocerlo del todo. Por el contrario, *los cristianos se atreven a definir a Dios como Padre de Jesús (Trinidad),* arriesgándose a penetrar en su misterio, afirmando que en el origen y base de todo está el amor del Padre al Hijo en el Espíritu, es decir, está la humanidad de Dios en Cristo.

En la línea del judaísmo bíblico, *los cristianos interpretan a Yahvé* como presencia salvadora que libera a los hebreos oprimidos, pero dando un paso más y añadiendo que el mismo Yahvé, Verbo supremo del Dios liberador, se identifica con el Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

En un sentido, los cristianos seguimos vinculados a la revelación del Sinaí: siguiendo en la línea del Dios/Verbo creador de Gn 2-3, nos situamos con Moisés ante la zarza ardiente, escuchamos su palabra de liberación, nos comprometemos a seguir su camino. Pero al final sentimos que esa revelación del Verbo resulta al fin insuficiente, de manera que, dando un paso más, decimos, con Jn 1,14, que el Verbo se ha encarnado en

llegan a sostener que judaísmo e islam son variantes de una misma religión y que por eso se enfrentan entre sí. Algunos afirman que el islam es herejía (simplificada, universalizada) del judaísmo. Otros, que el judaísmo es una herejía (concretización nacional) del islam eterno.

Jesucristo, de forma que hemos visto su gloria, como Hijo del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Para entender este paso del Verbo liberador del Éxodo al Verbo encarnado del evangelio, desarrollamos en la parte final de este libro el modelo y esquema de las antítesis de Mt 5, como si dijéramos «habéis oído que se dijo» que el Verbo Dios liberó a nuestros padres en Egipto, pero yo os digo que Dios Padre ha enviado su mismo Hijo a este mundo, para iluminar y salvar a todos los pueblos de la tierra (cf. Gal 4,4; 1 Cor 15,22).

No es que la experiencia israelita de *Yahvé*, vivida y formulada por Moisés, sea falsa, sino todo lo contrario: es verdadera. Más aún, es de tal modo verdadera que debe profundizarse, llegando hasta sus últimas consecuencias. Eso es lo que ha hecho Jesús, nuevo Moisés, intérprete y hermeneuta del *Yahvé* israelita.

Allí donde Moisés ha escuchado el *Yo soy* de Dios, que se dice a sí mismo salvando a los oprimidos, Jesús ha seguido escuchando la voz más profunda que no dice *Yo soy el que hago ser, para que vosotros seáis*, sino más bien, de un modo directo *¡Tú eres mi Hijo querido, en ti encuentro mi complacencia!*, un verbo activo que puede y debe ampliarse, conforme a la vida y mensaje de Dios Padre: *Vosotros sois mis hijos, pues yo soy/estoy en vosotros* porque yo estoy/soy con vosotros en Cristo.

Esto es lo que dice la Iglesia, en nombre de Dios, a cada uno de los que acogen su mensaje, *bautizándolos en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28,16-20), siendo y viviendo en ellos (*yo estoy/soy en vosotros hasta el fin de los tiempos*, es decir, hasta el tiempo más allá de todo tiempo que es Dios. En este paso y despliegue del *¡Yo soy!* de Ex 3,14 al *¡Tú eres, vosotros sois!* de la experiencia bautismal de Jesús (Mc 1,9-11 par; cf. Rom 1,3-4; Heb 1,5) culmina la historia israelita, nace el cristianismo.

Siendo el auténtico *¡Yo soy!*, Dios viene a definirse para los cristianos como el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. De esta forma se amplía el *Yo de Dios*, asumiendo en su interior el *Tú de Jesús* (y de todos los hombres) en el *Nosotros* del misterio trinitario (del Espíritu Santo), es decir, en el despliegue total de la Comunicación de amor.

Israel, Dios de misericordia salvadora. La experiencia de base sigue siendo la misma. Tanto el *Yahvé* de Moisés como el *Padre* de Jesús se introducen en la historia humana, asumen el dolor de los pobres, abren un camino de liberación. Pero los cristianos creemos que esa presencia salvadora de Dios en el mundo ha culminado en forma de *encarnación*: en el trasfondo

de la experiencia básica de Jesús (de su misterio de liberación y de su comunión trinitaria) sigue estando el más profundo y verdadero Yahvé del judaísmo; pero ese Dios Yahvé ha venido a desplegarse como Padre, abriéndose en amor, por medio de Jesús a todos los humanos. Este Dios del Sinaí se define más tarde ante Moisés, sobre la misma montaña, como principio de misericordia:

¡Yahvé, Yahvé, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad, misericordioso por mil generaciones; que perdona culpa, delito y pecado, pero no deja impune y castiga la culpa de los padres en hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generación! (Ex 34,4-7)⁴.

a) *Dios es Rehem/Rahum, amor entrañable, Verbo de amor universal que brota de la entraña del ser-amor que es Dios (Rehem, vientre materno, horno donde la Vida se cuece, se caldea y madura)*. Esa palabra, vinculada al útero engendrador, expresa el amor de una madre por aquellos que brotan de su entraña, evocando así la más honda experiencia de Dios en la Biblia. El principio de Dios no es la acción de unas manos que forman las cosas, ni una pasión superior de deseo, ni un apetito de tener... sino el amor del útero materno, expresado en el cuidado de la madre por los hijos.

b) *Dios es Hannun (hen), amor gratuito*, que acoge y ayuda a los demás de un modo gratuito, sin necesidad de imponerse con violencia sobre ellos, para dominarlos. Solo Dios es pleno *Hannun*, gratitud suprema que nace de la misericordia, aunque los hombres pueden responder y actuar también gratuitamente si acogen y siguen la Palabra de Dios, que conoce, ama y goza perdonando.

c) *Dios es Hessed, fiel a su palabra*. Dios Yahvé (¡soy el que soy!) había estipulado con los hebreos un pacto en el Sinaí, y ellos, su pueblo, se habían comprometido a cumplirlo (Ex 19–31), pero después lo rompieron, adorando al Becerro (Ex 32). Según la ley, Dios debía responder retirando su palabra-pacto y negando al pueblo; pero Dios no ha respondido de esa forma, sino que ha sido fiel a su alianza, mostrando así su verbo como *hesed*.

d) *Dios es 'Emet, verdadero...* La palabra *'emet, 'emunah*, implica *firmeza, lo que siempre permanece...* El último rasgo de este Dios es su *verdad*, que no es simple veracidad, ni descubrimiento de algún misterio antes oculto, sino firmeza, esto es, cumplimiento de la palabra dada. La verdad es, pues, confianza plena, no andar vacilando, de un lado para otro, co-

⁴ Cf. X. Pikaza y J. A. Pagola, *Entrañable Dios. Las obras de misericordia: hacia una cultura de la compasión* (Estella: Verbo Divino, 2016).

mo ramas movidas por el viento, o piedras arrojadas al camino, sino mantener la fidelidad (ser fiables), respondiendo así a la llamada de Dios, que es en hebreo *'emunah*, fidelidad eterna. En esa línea, como iremos mostrando en el despliegue de este libro sobre el Verbo de Dios, su fidelidad por la encarnación culmina en forma de resurrección.

Yahvé no es Padre-Antepasado, al modo humano (no tiene esposa, ni engendra biológicamente), sino *Aquel que hace ser*, hace que seamos, apareciendo así como padre trascendente: ha liberado y guiado a los hebreos oprimidos, haciendo que ellos puedan superar la esclavitud y existir como dueños de sí mismos. No podemos representar su figura con signos idolátricos, pero podemos y debemos venerarlo relacionándonos con él de manera personal.

Yahvé, Dios de Israel, no necesita ídolos, se manifiesta por sí mismo, suscitando de un modo personal la vida de los hombres y mujeres de su pueblo, con su presencia activa, como amor, pero sin vivir en ellos. Dios hace que los hombres sean, pero él no se hace en ellos, no es encarnación.

Dios de Israel, una historia. No tiene nombre, pero dice «yo soy», haciendo que seamos todos, a través de (en) su palabra. En ese sentido, Dios tiene historia (es historia), pero no en sí mismo, sino en la historia de los hombres, a quienes acoge y asume en su misterio, como «yo» abierto a la totalidad de la vida de los hombres:

a) *Yahvé es Dios del Éxodo y la Pascua*, Verbo de libertad y comunión de vida. Algunos antepasados de Israel, queriendo superar la esclavitud de Egipto, sintieron la ayuda protectora de Dios en el mar Rojo. Desde entonces, su forma de entender la historia estuvo vinculada para siempre a esa experiencia: Dios se les presenta como mano poderosa que libera a los oprimidos, voz de gracia y vida que convoca a los *hebreos* (esclavos, expulsados del sistema, pobres de toda raza y lengua), abriendo para ellos un camino de existencia y dignidad sobre la tierra. Esto es lo que siguen celebrando todavía judíos y cristianos en su fiesta pascual. En ella descubren y cantan al Dios de la libertad cercana y exigente.

b) *Yahvé es Dios de alianza, pero no de alianza externa*, impuesta desde fuera, desde arriba, sino que él mismo es alianza, verbo de acción y comunicación con los hombres, aquel que conversa con sus amigos, aquel que se expresa como amigo y que establece con los suyos (que es, con los suyos) un contrato o compromiso de fidelidad mutua en amor. De esta manera, se presenta ya con rasgos de *persona*: no es poder cósmico que actúa simplemente como liberador impersonal de los esclavos que se

hallaban en Egipto sino viviente comprometido, estableciendo con ellos un tratado de asistencia y co-existencia. De esa manera, pueblo israelita, nación que oficialmente no tiene imágenes religiosas, nación que en un momento dado ha podido parecer casi atea (sin figuras divinas), emerge como *pueblo-alianza*, que mantiene con Dios un diálogo incesante, de libertad a libertad, de persona a persona.

c) *Yahvé es Dios de promesas*, no porque promete algo especial para su pueblo de alianza, sino porque él mismo es la promesa, el futuro de Israel y de la humanidad, La promesa no es algo que Dios dará a los hombres, sino el mismo Dios que se promete a sí mismo, siendo en ellos y abriendo para ellos un futuro y un futuro donde culmina y se cumple su existencia. Yahvé libera a los hombres de la fijación cósmica, de la repetición cíclica de los ritmos temporales y vitales, abriendo (= siendo) para ellos el camino y la meta (humana, divina) de fidelidad y encuentro de plenitud humana. Dios aparece así como poder de vida que, venciendo las limitaciones del miedo y de la muerte, la esclavitud social y el terror cósmico, abre a los creyentes su propio futuro de comunión como verbo universal de comunión de todas las promesas.

Este Dios se hace presente de todo lo que se espera, existencia de lo que existe, distinto en sí, identidad de todo. Alienta en el mundo, pero no es mundo; habita en los hombres, pero no es hombre... Está en todo pero no es todo. Desde este trasfondo podemos precisar los rasgos más significativos de la *revolución israelita de Yahvé*.

a) *Dios está y vive en todo lo que vive, pero no es cosmos separado, ni vida distinta*, sino verbo de comunión universal. No es lo más alto del mundo, ni su totalidad; no es la vida en su conjunto, ni una zona especial en el espacio cósmico de la vida. Tampoco es poder político, principio de estabilidad de los imperios de la tierra, porque él es infinito, existe por sí mismo, siendo verbo de todos los verbos, lenguaje de todos los lenguajes, palabra universal de vida y movimiento, esperanza de resurrección.

b) *Dios mueve todo, pero él no es movimiento separado, ni proceso, ni evolución independiente*. Cambian y mudan las cosas que nosotros conocemos: todas se mantienen en constante movimiento de unidad y separación, de nacimiento y de muerte, pero Dios no nace ni muere, es en el tiempo y sobre el tiempo, en el espacio y sobre el espacio, como energía en comunicación universal, meta-conciencia. Por eso, al decir que Dios no cambia lo ponemos más allá de todo aquello que nosotros conocemos, como supra-conocimiento en amor, amando a todo (a todos), amándose a sí mismo.

c) *Dios concede su ser a todo lo que existe, de manera que en él existimos no solo los hombres, sino todos los seres del cielo y de la tierra, pero él no es (no existe) como una cosa o persona de la tierra, sino como resurrección de todo lo que ha vivido y ha muerto. Por eso, en contra de lo que sucede en los pueblos del entorno, incluida Grecia, el pueblo de Israel no ha escrito ninguna teogonía o tratado del nacimiento y generación de los dioses (como hizo Hesíodo), porque siendo Padre (ágape-amor), siendo Hijo (jaris/gracia) es comunión de todo lo que existe (Koinonía), como dice y desea Pablo o la tradición paulina, de forma lapidaria en 2 Cor 13,13 (Ἡ χάρις τοῦ Κυρίου Ἰησοῦ Χριστοῦ καὶ ἡ ἀγάπη τοῦ Θεοῦ καὶ ἡ κοινωνία τοῦ Ἁγίου Πνεύματος μετὰ πάντων ὑμῶν – La gracia de nuestro Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con todos vosotros).*

En esa línea, de manera consecuente, los israelitas más fieles a la alianza, al menos los defensores de la teología oficial, saben que Dios no es padre ni madre, esposo ni esposa, hijo ni hermano, no es cielo ni tierra ni infierno, no es vida, ni es historia, sino que es distinto, diferente, más allá de todo lo que vive, se mueve o tiene realidad en cielo y tierra.

El pueblo de Israel ha sido y sigue siendo testigo de la trascendencia de Dios y nosotros, los cristianos, que aceptamos su experiencia y confesión divina... atreviéndonos a decir, sin embargo, que ese Dios en sí que está más allá de todas las identidades y distinciones se ha encarnado en el hombre Jesucristo. Sin ese correctivo israelita de Yahvé la visión cristiana de Dios Padre corre el riesgo de volverse idolatría. Pero, dicho eso, debemos añadir que este Dios israelita, a quien no se llama Padre, ni madre, ni cielo estrellado, ni tierra inferior, es fuente y signo del amor más hondo, como indica la palabra clave de la tradición israelita que repetiremos y comentaremos aún en este libro, como nos manda el mismo texto:

Escucha, Israel: Yahvé, nuestro Dios, es Yahvé Uno. *Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando estarán en tu corazón. Las repetirás a tus hijos y las dirás sentado en casa o haciendo camino, cuando te acuestes y cuando te levantes (Dt 6,4-7).*

Yahvé Dios, a quien el pueblo de Israel ha descubierto y ha reconocido, por encima de todas las cosas, como Unidad suprema, es fuente y signo de Amor, o, mejor dicho, es Amor abierto a los humanos, suscitando en ellos una respuesta de amor. Así lo comenta A. Chouraqui (1917-2007), gran rabino de Francia:

El Tetragrama (YHWH) constituye el corazón del misterio revelado a Mosheh y el alma del formidable impulso que él anima en el propio ser de la humanidad. Un hombre nuevo nace cuando el Nombre se apodera de él en la trascendencia del Ser creador, liberándolo de todas las fronteras idólatricas, haciendo de él una réplica viva de YHWH. Tal es la identidad esencial de Israel y el fundamento de particularismo de Israel..

Un pueblo, no una raza, un pueblo consciente de que su consagración exclusiva a YHWH, lejos de anonadar a los Elohim de las naciones, debe federarlos con sus pueblos en la unidad de la Alianza y la luz salvadora de una ley de justicia, de abertura y de amor... Este Nombre (Yahvé) debía ser en la revelación bíblica un poderoso factor de unidad de los cielos y de la tierra, y sobre la tierra el centro radiante de comunicación entre las diferentes etnias⁵.

⁵ A. Chouraqui, *Moisés* (Barcelona: Herder, 1997), 133, 145, 150.

2

Elías, religión cósmica y profética

Elías viene después de Moisés y marca el paso decisivo desde el dios cananeo de la vida y el dinero (Baal) al Dios/Palabra (Yahvé), que es libertad y comunión entre seres humanos. Este paso está representado por una historia y mensaje simbólico que culminan para los cristianos en la experiencia del Tabor (Mc 9,2-9 par), con Moisés al lado de Elías (la Ley con los Profetas), abriendo el camino de Jesús y representando su novedad mesiánica.

Teofanía del Carmelo, guerra de dioses

Con el fin de imponer su poder sobre la zona, entre el norte de Israel que es Galilea y las ciudades fenicias, Omrí, poderoso rey israelita, casó a su hijo Ajab (874-853 a.C.) con Jezabel, hija del rey de Sidón. La boda provocó una fuerte reacción en los círculos más vivos del yahvismo, que sintieron amenazada la pureza de su fe, pues Jezabel trajo un séquito de adoradores de Baal e hizo construir para ellos un templo en Samaría.

El rey Ajab siguió siendo yahvista, al menos de nombre, pero su esposa y parte de su corte retomaron o aceptaron el culto a los baales, que insistía en la divinización de la vida, más que en la fidelidad a la palabra de Yahvé. Dios se interpretaba como proceso de la vida, que se repite cíclicamente, que muere y que renace. En contra de eso, la figura de Yahvé, Dios de la historia, Señor de la Palabra, aparecía demasiado alejado y exigente.